



CANTO NONO.

ARGUMENTO. — Regresa Elohá de los cielos sin haber podido aproximarse al trono del Eterno. — Padecimientos del Mesias en la cruz. — Lágrimas de Simon Pedro. — Recorre este las cercanias del Gólgota, y encuentra á muchos de sus amigos que lloran con él sin osar ni consolarle, ni reconvenirle por su culpa. — Razonamiento y oracion de los patriarcas. — Habla Jesus á su madre y á Juan. — Aumentase el temblor de tierra. — Abdiel Abbadona, refugiado en las entrañas de los montes, se admira de aquella revolucion que trastorna á la naturaleza entera. — Afirmase en la resolucion de ver al Mesias, y revistiéndose de la forma celestial que antes de su caida tenia, va á mezclarse con los ángeles que rodean la cruz. — Reconócenle los seráfines, mas le permiten que se aproxime. — Al ver al serafin Abdiel, su antiguo amigo, pierde el angel rebelde su mentido resplandor y huye asustado. — Conduce Obadon, angel de la muerte, el alma de Judas al pie de la cruz; hate que vea el cielo de donde su traicion le destierra; la precipita en los infiernos y va á tomar las órdenes del Eterno.

Elohá regresa del cielo, volando rápida y silenciosamente; llega á las inmediaciones del templo de Jerusalem, baja con lentitud al punto donde están los patriarcas y dice :

« Postraos y adorad conmigo al que es dueño de todos nosotros. »

Obedecen los patriarcas orando todos fervorosamente. Levántase el serafin sumido en profunda meditacion, y despues de un largo silencio vuelve á tomar la palabra :

« He querido contemplar en su tenebrosa y terrible gloria á aquel que ninguna lengua puede explicar, ¡á aquel que ningun pensamiento acierta á comprender! Me he levantado hasta los soles y su luz brillaba apenas con escáso é incierto resplandor : he llegado á los polos de los cielos y los hallé envueltos en profunda noche. ¡ Me he acercado al trono y en vano busco espresiones para pintaros las sombras que me rodearon, los terrores que de mí se apoderaron! En el fondo de la creacion resonaba el bramar de los infernales rios, y desde lo alto de las nubes una voz me dijo : Las alas que batien son las de un ser creado; ¿qué ser es ese?... Lleno de espanto, porque la voz que habló era la del angel esterminador, me postré adorando al que juzga en medio de las tinieblas de su inmutable justicia. »

Diciendo así estremeciósse el serafin y veló su rostro.

El Mesías ha inclinado su oprimida cabeza sobre el pecho y en la apariencia dormita.

Aplacado se ha el furor del pueblo, como las irridadas olas del furioso mar despues de haberse estrellado contra una roca incontrastable, vuelven pacíficamente á sus primeros límites. Los amigos del Mesías vagan dispersos alrededor del Gólgota, temiendo encontrarse unos á otros y dar vado á las quejas que solo para aumentar su dolor servirian : la Santa Virgen Madre y Juan son los únicos que han tenido valor bastante para permanecer al pie de la cruz. De todos, el discípulo que renegó á su maestro es el mas desdichado.

El triste náufrago arrojado por el mar sobre una playa cubierta con los inanimados restos de sus compañeros, la recorre con sombría desesperacion; camina, gime y se detiene; vuelve á caminar de nuevo, y llegando en fin á la roca á donde las olas arrastraron el cuerpo de su padre, retuerce sus brazos y se acusa de haberle asesinado; porque en el momento del peligro le abandonó pensando solo en sí propio. Así Pedro ha pasado la noche y una parte de la mañana en los mas recónditos y selváticos parages de aquella tierra, llegando por fin á una colina no distante del Gólgota, desde la cual

contempla la cruz. Mas, pronto le abandonan las pocas fuerzas que le quedaban, y anonadado hunde su rostro en el polvo. Ituriel hace que sobre él descienda un rayo de vaga esperanza: no le es lícito hacer mas, porque la influencia de los ángeles encargados de velar sobre el destino de los mortales está sujeta á la voluntad de Dios.

Reanimado Pedro con el debil consuelo que de su celeste protector acaba de recibir, alza la cabeza y buscan sus ojos á los nobles amigos que poco tiempo antes encontraba siempre á su lado. Quisiera confesarles su crimen porque conoce que con las reconvenções de aquellos se mitigarian sus remordimientos: pero nada ve, ni aun á la orgullosa Jerusalem, pues la regia ciudad está envuelta en tinieblas en medio de las cuales se dibujan fantásticamente las formas del templo y del monte Moría. Súbito hiere su oido un confuso rumor, escucha y oye pasos y humanas voces á poca distancia de él: son unos estrangeros venidos á Jerusalem para celebrar las fiestas de la Pascua y que la fama del suplicio de Jesus atrae al Gólgota. Hácese notar uno de aquellos estrangeros por la riqueza de su traje, por el negro color de su piel, y por cierto aire de dignidad que revela en él á un alto personage. Es, en efecto, el desconocido, privado de Candace, reina de Etiopia, y el mismo á quien mas tarde iniciará Felipe en los santos mis-

terios de la nueva alianza ⁴. La casualidad ha colocado al Etiope cerca de un anciano venerable que se apoya en el brazo de un mancebo. Alentado por la afabilidad del anciano dicele el estran-gero:

« Ruégote que me digas qué crimen ha cometido el profeta á quien dan muerte. ¿De qué atrocidad se ha hecho culpable para condenarle al mas horrible de los suplicios? »

Y el anciano, llamado Samma, contesta suspirando hondamente:

« ¡Le matan porque ha dado salud á los enfermos, oidos á los sordos, luz á los ciegos, porque ha resucitado á los muertos y libertado del enemigo á los infelices endemoniados, en cuyo número me he contado yo! »

Al pronunciar estas palabras vió Samma á Simon Pedro y dijo al estran-gero:

« Mira allí, noble señor, á uno de los discípulos, á uno de los predilectos del hombre divino que podrá dar testimonio un dia de cuanto ha visto y oi-

⁴ La presencia del Etiope en Jerusalem durante la muerte de Jesu-cristo es un anacronismo, porque realmente dos años despues fué cuando impulsado por la lectura del profeta Isaías pasó aquel primer ministro de la reina Candace á visitar la ciudad santa. En el camino halló el apostol San Felipe, le hizo subir á su carro, y explicándole el santo las profecías, de tal manera le persuadió la santidad de las doctrinas de Cristo, que el Etiope se hizo bautizar en el primer arroyo que encontraron. (Hechos de los Apóstoles, cap. VIII). — T. F.

do; porque es, te repito, uno de los privilegiados mortales á quienes Jesus ha enseñado como quiere el Eterno que se le adore.

Y volviéndose al discípulo continuó:

« ¡Dígnate iluminarnos; dinos porque muere tu divino maestro! ¡No vuelvas el rostro así, hombre de Dios amado, háblanos del gran profeta á quien tan tiernamente amais tú y el amable Juan! »

Pedro se cubrió el rostro con las manos y gimió profundamente, no porque le hubieran conocido, pues entonces se hallaba pronto á morir por su maestro, sino porque Samma supone en él mas virtudes de las que tiene.

« ¡Ay de mí! les dijo: á morir va, amigos míos, el mas grande, el mejor de los hombres! No me preguntéis mas... »

Dijo y se confundió entre la multitud. Samma, Joel su hijo, y el Etiope continúan acercándose al Gólgota. De lejos los sigue Simon Pedro y pronto se detiene cerca de Tadeo quien, de pie cave un arbol muerto, parece extraño á todo lo que le rodea. Pedro le dirige esta pregunta en interrumpidas voces:

« ¿Le has visto sobre la cruz? A tí te es permitida tanta felicidad, caro Tadeo. Sí, á pesar de la profunda aflicción en que te veo puedes levantar á él los ojos, mientras que yo... ¡Oh pena terrible! en el fondo de mi corazón sangra una herida en la cual

los remordimientos agitan sin cesar su cortadora cuchilla... concédeme una palabra, una mirada de compasión tú que poco tiempo hace eras mi amigo... Vana esperanza... Nada me dices... »

No halla Tadeo fuerzas en sí mismo para explicar con palabras lo que siente: pero sus lágrimas son elocuentes, y sin embargo esas lágrimas que una tierna compasión hace correr no mitigan el dolor de Pedro; porque para este no ha sonado aun la hora del perdón celestial.

Agitado siempre por los remordimientos vuelve á abandonarse al impulso de la multitud que le arrojan en medio de un grupo en el cual se hallaba su hermano Andrés. Asustado Pedro con aquel encuentro huye precipitadamente; mas Andrés le sigue. El pecador empieza por rechazar á su hermano, pero luego se arroja en sus brazos no con la ardiente satisfacción que en otro tiempo caracterizaba al impetuoso discípulo, sino con desesperado abandono, y apenas pueden sus trémulos labios pronunciar estas palabras:

« ¡Hermano mio! » Y Andrés estrechándole amorosamente le dice con ahogada voz:

« Amado hermano, quisiera ¡ay de mí! callar; mas no puedo hacerlo. Mi corazón sangra mas dolorosamente que el tuyo... ¿Qué has hecho? ¡oh amado hermano mio! ¿Has negado al mejor de los

hombres, al mas perfecto de los amigos, al Hijo de Dios... »

Así habló Andrés, y una dulce tristeza y lágrimas fraternales velaron sus ojos. Largo tiempo permanecieron abrazados estrecha y silenciosamente los dos discípulos; caminaron despues con las manos enlazadas sin osar mirarse el uno al otro; y en fin se separaron sin proferir una palabra.

Sediento siempre de consuelos y convencido de que para él no los hay, tomó Pedro una solitaria senda, y apenas habia dado en ella algunos pasos cuando encontró á dos hombres venerables cuya sociedad buscaba ansiosamente la víspera de aquel día, y quisiera entonces huir. Mas hanle conocido y uno de ellos tendiéndole la mano le dice :

« Valeroso discípulo de nuestro divino maestro: ¿desconoces ya á José de Arimatea y á nuestro comun amigo el noble Nicodemo? Tambien nosotros somos discípulos del profeta, si hasta aquí en secreto, de hoy mas, prontos á confesarlo á la faz del universo. Imitado será por todos los amigos de Jesus el ejemplo de Nicodemo. ¡Ah! si hubieras visto con que valor ha defendido á nuestro maestro ante el Sacerdote mientras que yo, cobarde, guardaba silencio ! »

« Exageras tu culpa, interrumpió Nicodemo. ¿No saliste conmigo del concilio de los sacerdotes? ¿Qué

mas es menester para declararte públicamente amigo y discípulo de Jesus? »

José, mirando á su amigo, se sonrió dulcemente, y levantando los ojos al cielo dijo :

« Dios de Jesus, Dios de Abraham, cumple mis votos; haz que ya que tan debil me he mostrado halle] fuerzas para resistir á los tormentos, y que muriendo al menos, demuestre mi amor al Mesías. »

El Señor, enternecido por esa oracion, dejó caer sobre José de Arimatea un rayo de aquella gracia que hace los mártires; y mientras el Justo se halla sumido en santo éstasis, dirige la palabra Nicodemo á Simon Pedro.

« ¿Por qué apartas de nosotros tus miradas? le dice : Comprendemos y participamos de tu dolor, sabiendo que en este momento muere en la cruz el mas santo de los hombres; perdónanos que tanto hayamos tardado en declararnos públicamente sus parciales; ya ves que por lo ménos en el momento del peligro no nos ha faltado el valor y que altamente nos hemos confesado sus discípulos. »

Resiste á la tempestad el tronco de la añosa encina, pero su copa cede á la impetuosa fuerza del viento; de la misma manera permanece Pedro inmovil con la cabeza inclinada hácia el suelo. Crecen sus angustias, le dominan, le arrastran; huye,

y como si esperase hallar descanso en el exceso de la desesperacion se dirige hácia el Gólgota.

Llegado al pie de la cruz, procura en vano levantar sus miradas á Jesus : Juan y la desdichada María absorven toda su atencion. Parece que con el dolor se han arraigado en el suelo ; no hay lágrimas en sus ojos ; oprimido está su pecho ; y no lejos de ellos se apiñan en grupo algunos fieles cuyo celo no ha podido reprimir temor alguno, ni consideracion humana de ninguna especie. Oscuro fué el nacimiento de estos, ignorados y pobres vivieron, pero la historia perpetuará sus nombres que ya los ángeles han grabado al pie del tronodel Eterno.

Magdalena ; María, madre de Judas y de Santiago ; María, madre de los Zebedeos ; y otra María, hermana de la madre del Mesías, estan en medio de aquel grupo.

Enagenada por el dolor, no quiere Magdalena ni recordar los milagros de Jesus, ni esperar que de sus enemigos triunfe ; y postrándose al pie de la cruz, puebla el aire con sus gemidos. La madre de Santiago quiere consolarla, y los sollozos ahogan su voz ; la esposa del Zebedeo se retuerce los brazos, y no atreviéndose ya á esperar en la misericordia divina, acusa á la providencia de lentitud en la ejecucion de los decretos de su terrible venganza.

El joven criminal que expia sus crímenes al lado de Jesus, ve el dolor de los fieles, y le compadece con todo el ardor de un alma que acaba de encontrar misericordia ante su Dios, abriéndose á la fe y al arrepentimiento. Participan los inmortales reunidos en torno del Gólgota del dolor que aquejan á tantos nobles corazones, mas al mismo tiempo se regocijan por la conversion del pecador, y admiran la tierna piedad que hace olvidar al mancebo sus propios tormentos para iniciarse en los del Mesías. Cediendo Abrahan á la necesidad que siente de comunicar á sus amigos las sensaciones que experimenta, vuélvese hácia Moisés, y dice aquel Padre de las doce tribus de Israel al fundador del Tabernáculo :

» ¿ Nos bastará, ¡ ó hijo mio ! la eternidad para sondear la profundidad de las maravillas que ante nosotros pasan ? Sean ellas de aquí en adelante objeto único de nuestros razonamientos, y extraeremos al menos gota á gota las olas de este océano sin orillas. En otro tiempo, hemos visto entrambos al Mediador en toda su gloria : tú, sobre el monte Horeb⁴ ; y á mí se dignó aparecerseme en los sagrados bosques de Mambre. Allí, su voz melodiosa y

⁴ Nombre de la peña en la cual hizo brotar Moisés una fuente para apagar la sed del pueblo de Israel, acampado entonces en el desierto de Refidim, donde no habia agua alguna. (Exod. XVII) — T. F.

dulce era toda de amor y de misericordia; y con esa misma voz acaba Jesus de anunciar á su compañero de suplicio el celestial perdon. ¡Ah! ¡gracias te sean dadas á tí que así redimes á los pecadores; y pueda el himno de mi gratitud unirse á los clamores de triunfo de los cielos! ¡Mira, Moisés, cuan dulcemente se sonrie al aspecto de la muerte aquel joven criminal, aquel pecador arrepentido á quien Jesus acaba de reanimar! La certidumbre de conseguir la eterna vida le inspira bienhechora calma. Yo te saludo, pecador convertido; tú eres uno de mis amados hijos. ¡Ay de mí! Tambien son hijos míos los asesinos del Hijo del Eterno, pero inaccesibles al arrepentimiento, se gozan en su crimen. Su perversidad destrozaria mi corazon si aun fuera mortal como ellos. Morador soy de las regiones de paz y de felicidad, y sin embargo una idea terrible me persigue: ¡que pase, que pase rápidamente, y vaya á perderse en las olas del olvido! Los verdugos del Mesías han pronunciado su propia sentencia, pues que cuando el Romano rehusaba condenarle, clamaron: «¡Que muera y caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!» y la cuchilla del angel esterminador ha grabado esas horribles palabras en la roca sobre que estriba el trono del Eterno. ¡Ya veo á todos los pueblos de la tierra, desde Oriente á Occidente, agruparse en torno de la cruz y adorar al Salva-

dor del mundo, los veo á todos menos á mis hijos, á todos menos á mi linage!»

Habló así Abrahan, y Moisés responde:

«Padre de Israel y de todos los fieles que adoran á Jehová cuando el pueblo se postraba á los pies del becerro de oro; padre de David y de la bienaventurada muger que le ha dado al Salvador la vida humana que ahora sacrifica á nuestra salud eterna; padre del Hombre-Dios, escúchame. Lo que voy á decirte, ya lo sabes, pero bueno es repetírte lo que es cierto. Aquel que derrama con la una mano la misericordia, y con la otra la justicia, ha colocado á nuestro pueblo sobre la cima de un peñasco que separa el perdon del castigo, porque ha querido probarle á la especie humana que cada uno de los hijos del polvo es árbitro de su suerte en la eternidad. Quien del peñasco baje por el lado del mal á sí mismo se perderá, como se perderán tambien á sí mismos los que no escarmienten en su ejemplo; y cuando mas allá de la tumba sean precipitados en otra muerte mas terrible, solo á su propia cegüedad podrán acusar.»

Moisés calla, y Abrahan vuelve á decir:

«Con gratitud te he escuchado, ó noble hijo mio, mas séame permitido creer que encontrará misericordia ante el Señor el pueblo á quien él mismo se dignó guiar en la tierra de Canaan, dándole nubes protectoras para escudo, y la mas brillante

de sus llamas por norte. Sí, volverá al Redentor divino, que muere sobre la cruz por todos los habitantes de la tierra, el pueblo de Israel; sí, volverán mis hijos al cordero que inmolan, y que para ellos también abre las celestiales puertas de la vida eterna. »

Dice, y permanece sumido en piadosa meditación. Isaac le mira y se sonríe con el dulce candor de la adolescencia; porque para eternizar la imagen profética del sacrificio expiatorio ofrecido á la divinidad irritada, han dado los cielos al alma del hijo amado de Abraham un cuerpo aéreo que reasume todos los encantos de la infancia. Isaac pues se aproxima suavemente al mayor de los patriarcas, y le dice :

« En tus ojos: ¡ó padre mio! leo el amargo dolor que sientes viendo cómo los de nuestro linage asesinan al Santo de los Santos, que por ellos se inmola. Piensa que el Juez eterno no se olvidará de ellos en su inconmensurable misericordia; y que los arrancará del pecado para llevarlos á los pies de su divino Salvador, como en otro tiempo los sacó de la tierra de Egipto para llevarlos á la de Promisión. Esa dulce esperanza me consuela : un recuerdo sagrado dilata mi alma, y ese recuerdo tu memoria debe tenerlo también... No puedes haber olvidado aquel supremo instante en que subistes á la montaña sobre cuya cima se hallaba el

altar del sacrificio. Seguíate tu hijo lleno de gozo y de orgullo, no presumiendo ser la víctima que ibas á ofrecerle al Señor... Mas cuando me ví ligado al altar, cuando ví inflamarse los sagrados leños, cuando alzando mis ojos llenos de lágrimas contemplé la brillante cuchilla que tu brazo blandió sobre mi cabeza... Eterno silencio : sepulta para siempre aquel horrible instante, al cual han seguido siglos de celestial beatitud... Isaac, tu hijo amado, pareció digno al Señor de servirle de instrumento para hacer presentir á los primeros tiempos del mundo el sacrificio que hoy rescata á la especie humana. »

Acabó, y arrojándose en los brazos de su padre, postráronse entrambos, y dirigió Abraham al Mesías estas piadosas palabras :

« Hijo del Eterno, apoyo de los fieles, última esperanza de los pecadores : desde el día en que naciste de una madre mortal, han pasado por mi corazón todos los tormentos y alegrías de la eternidad. Cuando, niño débil, llorabas en el polvo, resonaba en los cielos el mas poderoso de tus rayos. Envolviéndote cada vez mas en la humilde condición de los mortales, te hicistes incomprendible hasta para los ángeles que apenas podían conocerte, y proseguiste tu carrera meditando sobre tu muerte. Llegado has á tu fin, fin sagrado que desde la eternidad te habías propuesto. La creación no era aun,

y ya tú le pedias á tu padre, esa muerte sublime que redime los pecados de lo pasado y de lo futuro... Vémoste sufrir sin osar compadecerte, porque eres superior á la compasion; mas el golpe terrible con que la muerte te amenaza, á todos nos alcanzará, hiriendo antes de herirte, á cuanto en la infinidad existe. Apiádate de nosotros para que ese golpe terrible no nos aniquile; apiádate sobre todo de los fieles que gimen al pie de tu cruz, y cuyos dolores igualan casi á los nuestros, á pesar de los terrenos lazos que con el mundo los ligan.»

Así ora Abrahan, y un grupo brillante y bello como una aurora se aproxima al Gólgota: compónenle las almas recientemente libres de sus cuerpos, que acaban de ser depositados en el seno de la tierra ó devorados por la llama de las piras. Vienen esos espíritus cuya vida fué tan inocente y pura, como serlo puede la de un mortal á quien Dios no se ha dignado iluminar con su luz divina, de todos los puntos de la tierra. Conduce un bondadoso querubin á los nuevos inmortales, quienes sin comprender aun, mas presintiendo sus altos destinos, adoran en silencio al Creador de todas las cosas. Haciendo una señal, interrumpe el querubin su piadoso éstasis:

« Moderad vuestra justa sorpresa y medidad en el secreto de los cielos que estais viendo. Ninguno de cuantos nacen de muger puede tener parte en

las celestiales bienaventuranzas, sin la intercesion del que padece y espira en este momento. ¡Su nombre es Jesus! Al darle á luz una madre mortal le ha hecho hijo de la tierra: sufrir y orar, enseñar y hacer bien, y despues sufrir, tal fué su vida. Ahora corona su obra muriendo en la cruz. Si voluntariamente no se hubiera ofrecido á vuestro Juez en holocausto espiatorio, la muerte eternase-ria vuestro destino, como lo será en adelante de cuantos oyendo predicar su ley no la sigan. Antes de daros la vida, sabia el Eterno el uso que de ella habiais de hacer; sabia que si hubierais escuchado las lecciones de Jesus, las hubierais aprovechado; y por eso os acogerá en la plenitud de su misericordia. Puros estais ya ante el Ser de los Seres; la sangre del Mesias os ha lavado; postraos: el que en este momento resucita á la inocencia de la especie humana, Jesus, el Hijo de Jehová y de una madre mortal, recibirá vuestras acciones de gracias.»

Dijo el querubin, y penetradas las almas de amor y de gratitud, adoraron al Salvador. Salem, angel de Juan y Selith, que lo es de María, escucharon aquella escena con melancólica alegría.

« ¡Ay de mí! dijo Salem á su divino amigo, ¡Cuan dulce es contemplar la beatitud de esas almas por la redencion salvadas! Para ellas no hay ya penas ni dolores: pero la triste María... y el